

ARTES PLÁSTICAS

José Luis Cuevas

Por Juan GARCÍA PONCE

El título mismo de esta exposición de José Luis Cuevas, en la Casa del Lago, nos advierte que contiene una serie de obras a las que en cierta forma podemos considerar "privadas". Cuevas ha compuesto algunas de ellas mientras jugaba con

sus hijas o como él mismo nos advierte "ilustrando relatos que yo les hago". Se trata, pues, de una exposición que nos remite al mundo particular de José Luis Cuevas; pero, por esto mismo, podemos afirmar con absoluta certeza que es una



José Luis Cuevas — "una visión personal desgarrada y cruel"



José Luis Cuevas — "carácter monstruoso y persecutorio"

exposición que nos lleva con mayor claridad que cualquiera de las que ha realizado en México en los últimos años al mundo artístico de José Luis Cuevas, tanto por el número de las obras expuestas como por su misma *particularidad*. Como muy pocos artistas contemporáneos —quizás habría que decir como todos los verdaderamente grandes—, Cuevas parece estar hablando siempre en sus óleos y dibujos el difícil lenguaje de la confesión. Sus obras son esencialmente autobiográficas, pero no en el sentido chato de la psicología y la confesión directa, con carácter puramente personal, sino en el mucho más amplio que establece la relación del artista con el mundo, con la realidad, y a través de él nos entrega una imagen de ella, sólo que la verdad de esa imagen nos regresa de una manera inevitable al artista. Por esto, paradójicamente, podemos decir que las obras de Cuevas son Cuevas mismo, pero también que, sobre todo, Cuevas es sus obras. El artista se pierde en su mundo y finalmente de esta intensa visión personal, desgarrada y cruel, irónica y humorística, dolorosa y tierna, lo único que queda es eso, la visión: la pureza objetiva y absoluta de la forma: la verdad del arte, que es más real que la realidad y es el único lugar donde ésta alcanza verdadero sentido para los artistas como José Luis Cuevas.

En este sentido, no resulta sorprendente que a pesar de la multiplicidad de técnicas, de motivos, de temas y de soluciones que encontramos en las obras, la primera impresión que éstas nos producen es la de una admirable unidad. Lo que esta multiplicidad nos revela es la riqueza de un espíritu que se mantiene abierto y vigilante continuamente, al que todo lo hierde y estimula, al que todo lo lleva hacia la obra, donde encuentra acomodo con una admirable naturalidad. Así, la obra está en continuo crecimiento en un sentido lineal, cualquier tema puede incorporarse a ella, porque el artista está siempre en el centro, transformándolo, haciéndolo suyo, casi me atrevería a decir que aun contra su voluntad, de una manera inevitable, como sucede en esa especie de zoología fantástica que Cuevas ha creado para Mariana y Ximena o en las mismas ilustraciones de los cuentos que ha inventado para ellas. Pero quizás ningún cuadro nos habla tan claramente de esta actitud como ese en el que Cuevas se ha retratado a sí mismo mirando de soslayo la figura de un torturado. En él me gusta ver una especie de símbolo de toda su obra, cuyo sentido más profundo se encuentra en dos versos memorables de Carlos Pellicer:

... mudo espío,
mientras alguien voraz a mí me observa.

Mudo espía de la realidad de nuestro mundo, cuyo horror, cuyo carácter monstruoso y persecutorio sabe convertir en belleza dotándolo del espíritu que parece haberse ausentado de ella mediante el imperio de la forma, José Luis Cuevas se observa al mismo tiempo vorazmente a sí mismo, obliga al artista a convertirse en el único juez con derecho, en el verdadero descubridor y testigo y a través de este doble juego crea una obra extraordinaria que los espectadores de la Casa del Lago y el público de México tienen ahora la oportunidad de admirar.